

Trazos para el perfil de un Fundador

Marlies Kücking
Universidad de Colonia

Desde 1963 hasta el último día de su existencia en la tierra, en 1975, he tenido la gracia de trabajar muy cerca del Fundador del Opus Dei, prestándole mi colaboración en tareas de formación y de gobierno. Puedo afirmar con plena convicción y certeza que le he visto convertir en vida propia —y en fuente de luz para los demás— el espíritu que Dios le había confiado. Son muchas las personas en el mundo que, como yo, hemos aprendido del Beato Josemaría, de su ejemplo diario y de sus labios, a servir en todo fielmente a la Iglesia, a trabajar por el bien de toda la humanidad, como solía decir, a «hacer el Opus Dei siendo cada uno Opus Dei».

La vida y la enseñanza del Beato Josemaría han sido y son una luz de fondo en la existencia de incontables hombres y mujeres que, insertos en la entraña de la sociedad, permaneciendo en el lugar y en las actividades que les son propias, tratan de seguir de cerca a Jesucristo y cooperar personalmente en la misión salvífica de la Iglesia.

En los párrafos que siguen desearía poder describir algunos rasgos —sólo algunos, que acuden ahora más vivamente a mi memoria— de la existencia cotidiana del santo Fundador del Opus Dei, que pudieran ser útiles para mostrar aunque sea limitadamente aspectos luminosos de su perfil espiritual. Me limitaré a esbozar unos cuantos trazos, redactados principalmente a partir de la propia experiencia. Vistos en su pura facticidad hacen referencia, como se advertirá, a momentos y circunstancias de la enseñanza del Beato Josemaría en relación sobre todo con el desarrollo del trabajo apostólico de las mujeres del Opus Dei; es lógico que sea así, pues ese es el campo más inmediato de mis recuerdos del Beato Josemaría. Pero si se consideran desde una perspectiva que vaya más allá del puro hecho, es fácil apreciar en tales trazos el brillo de aquella luz de fondo de la que he hecho mención, capaz de lucir en cualquier ámbito de la vida humana y de hacer brotar significados sobrenaturales en las más comunes circunstancias de la

existencia personal y social. Por esta razón, para dejar constancia del sólido trasfondo espiritual en que se apoyan los puntos a los que me referiré, quiero encuadrarlos en el marco de una enseñanza central del Beato Josemaría: la que se encierra en una expresión dotada de gran belleza literaria y de intensa fuerza espiritual, que acuñó desde el comienzo de la misión fundacional que la Providencia le encomendó, y a cuyo contenido esencial hace referencia: «se han abierto los caminos divinos de la tierra».

1. ABRIR LOS CAMINOS DIVINOS DE LA TIERRA

Solía utilizar el Beato Josemaría dicha expresión para señalar que a través del mensaje espiritual del Opus Dei y de su acción apostólica Dios había querido, en efecto, mostrar las dimensiones sobrenaturales escondidas en cualesquiera tareas humanas nobles. Y escribiré, por ejemplo que Dios le había llamado para llevar esa «doctrina a todos los rincones del mundo, para abrir *los caminos divinos de la tierra*»¹, para hacer que conocieran a Jesucristo tantas inteligencias que nada sabían de El, y —al llamarles al Opus Dei— también les había dado un modo apostólico de trabajar, que movía a la comprensión, a la disculpa, a la caridad delicada con todas las almas.

Esa era la razón de ser del trabajo apostólico que, con el nacimiento del Opus Dei, el Señor había suscitado en la Iglesia a través de la persona y del ministerio sacerdotal de su Fundador.

El significado de la mencionada expresión: «abrir los caminos divinos de la tierra», es claro en el contexto de las enseñanzas del Beato Josemaría acerca de la vocación a la santidad de los cristianos, punto esencial, como es sabido, de su mensaje espiritual: «Con el comienzo de la Obra en 1928, mi predicación ha sido que la santidad no es cosa para privilegiados, sino que pueden ser divinos todos los caminos de la tierra, todos los estados, todas las profesiones, todas las tareas honestas»².

Todos los «caminos» del humano existir, es decir, las circunstancias y acontecimientos más normales, realidades que configuran de hecho la vida cotidiana de los hombres y las mujeres que pueblan la tierra, pueden ser entendidos y vividos en plenitud si son descubiertos por cada uno como «caminos divinos»: ámbito de relación con Dios que, en esas realidades cotidianas, nos espera amorosa-

¹ Carta 16-VII-1933,1, en A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, Rialp, Madrid 1997, I, p. 568.

² J. ESCRIVÁ, *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid 1969, 26, 2.

mente y nos llama personalmente a la santidad. Las cosas rectas y limpias de la vida de cada día, en las cuales y a través de las cuales Jesucristo invita a sus discípulos a seguirle de cerca, representan de algún modo en la enseñanza del Beato Josemaría una continuación del camino evangélico de Emaús (cfr. Lc. 24, 13 y ss.), humilde vía de Palestina en la que el Señor resucitado quiso hacerse el enconadizo con dos de los suyos para atraerlos de nuevo al calor de la fe, para reavivar en ellos el fuego de su llamada a seguirle y la certeza de su presencia. La imagen de Emaús es válida para denominar, según el espíritu del Fundador del Opus Dei, cada uno de los caminos cotidianos de los hombres. Él mismo lo formula en estas palabras: «Camino de Emaús. Nuestro Dios ha llenado de dulzura este nombre. Y Emaús es el mundo entero, porque el Señor ha abierto los caminos divinos de la tierra»³.

Cualquier realidad humana noble se presenta, pues, ante el Fundador del Opus Dei como una vía que, merced a la encarnación redentora del Hijo de Dios y a su gloriosa resurrección, permite al hombre dirigirse, con ayuda de la gracia, hacia su destino eterno. «No hay nada que pueda ser ajeno al afán de Cristo. Hablando con profundidad teológica, es decir, si no nos limitamos a una clasificación funcional; hablando con rigor, no se puede decir que haya realidades — buenas, nobles, y aun indiferentes— que sean exclusivamente profanas, una vez que el Verbo de Dios ha fijado su morada entre los hijos de los hombres»⁴.

Para quien se sabe con Cristo en camino hacia Dios todo es —hasta el mismo caminar— cauce de contemplación, de auténtica vida contemplativa en medio de las circunstancias terrenas y tomando ocasión de ellas. «Cuando la fe vibra en el alma, se descubre [...] que los pasos del cristiano no se separan de la misma vida humana corriente y habitual. Y que esta santidad grande, que Dios nos reclama, se encierra aquí y ahora, en las cosas pequeñas de cada jornada. Me gusta hablar de camino, porque somos viadores, nos dirigimos a la casa del Cielo, a nuestra Patria. Pero mirad que un camino, aunque puede presentar trechos de especiales dificultades, aunque nos haga vadear alguna vez un río o cruzar un pequeño bosque casi impenetrable, habitualmente es algo corriente, sin sorpresas. El peligro es la rutina: imaginar que en esto, en lo de cada instante, no está Dios, porque ¡es tan sencillo, tan ordinario!»⁵. El modo de evitar ese peligro, esos errores en la valoración de la grandeza de la vida cotidiana, consiste, conforme al espíritu del Beato Josemaría, en la decisión de apoyar la propia existencia en la oración, es decir, en querer conducirla por caminos de contemplación. «Si te

³ *Amigos de Dios*, Rialp, Madrid 1978, 314.

⁴ *Es Cristo que pasa*, Rialp, Madrid 1974, 112.

⁵ *Amigos de Dios*, 312-313.

decides —sin rarezas, sin abandonar el mundo, en medio de tus ocupaciones habituales— a entrar por estos caminos de contemplación», leemos en un texto de *Amigos de Dios*, «enseguida te sentirás amigo del Maestro, con el divino encargo de abrir los senderos divinos de la tierra a la humanidad entera. Sí, con esa labor tuya contribuirás a que se extienda el reinado de Cristo en todos los continentes. [...] Entonces, ¡qué valor adquiere esa hora de trabajo!, ese continuar con el mismo empeño un rato más, unos minutos más, hasta rematar la tarea. Conviertes, de un modo práctico y sencillo, la contemplación en apostolado, como una necesidad imperiosa del corazón, que late al unísono con el dulcísimo y misericordioso Corazón de Jesús, Señor Nuestro»⁶.

2. YENDO POR DELANTE

El quehacer de cada día, el propio trabajo, el cumplimiento de los ordinarios deberes, las actividades más comunes son, como estamos viendo, en la enseñanza del Beato Josemaría, dirigida especialmente a la multitud de los cristianos corrientes, ocasión de amor a Dios, de vida de oración, de empeño apostólico. «Somos cristianos corrientes; trabajamos en profesiones muy diversas; nuestra actividad entera transcurre por los carriles ordinarios; todo se desarrolla con un ritmo previsible. Los días parecen iguales, incluso monótonos... Pues, bien: ese plan, aparentemente tan común, tiene un valor divino; es algo que interesa a Dios, porque Cristo quiere encarnarse en nuestro quehacer, animar desde dentro hasta las acciones más humildes. Este pensamiento es una realidad sobrenatural, neta, inequívoca; no es una consideración para consuelo, que conforte a los que no lograremos inscribir nuestros nombres en el libro de oro de la historia. A Cristo le interesa ese trabajo que debemos realizar —una y mil veces— en la oficina, en la fabrica, en el taller, en la escuela, en el campo, en el ejercicio de la profesión manual o intelectual: le interesa también el escondido sacrificio que supone el no derramar, en los demás, la hiel del propio mal humor»⁷.

Fiel a este espíritu y siguiendo el paso que Dios le marcaba en el desarrollo del Opus Dei, el Beato Josemaría procuraba ir siempre por delante: ayudando, enseñando, impulsando a todos con su propia vida lo que era el Opus Dei. Luchaba con humildad y empeño por la propia santidad, reflejando de ese modo en su propia persona el espíritu de santificación que Dios le había confiado para que lo extendiera por toda la sociedad. Lo sintetizan de modo elocuente estas palabras: «¡Lo he dicho sin cesar, desde que el Señor dispuso que surgiera el

⁶ *Amigos de Dios*, 67.

⁷ *Es Cristo que pasa*, 174.

Opus Dei! Se trata de santificar el trabajo ordinario, de santificarse en esa tarea y de santificar a los demás con el ejercicio de la propia profesión, cada uno en su propio estado»⁸. El núcleo esencial de su mensaje es, pues, como venimos mostrando, la santidad personal, el deber de cada bautizado de buscar la propia santificación. Y ese núcleo se encuentra siempre revestido y estrechamente fundido en la enseñanza del Beato Josemaría con otros elementos esenciales y característicos: «Santidad en *las tareas ordinarias*, santidad en *las cosas pequeñas*, santidad en *la labor profesional*, en *los afanes de cada día...*; santidad, para santificar a *los demás*»⁹.

El quehacer, por así decir, «profesional» del Beato Josemaría, siempre dentro del ejercicio de su ministerio sacerdotal e inseparable de él, fue desde el momento fundacional del 2 de octubre de 1928, la realización del Opus Dei en servicio de la Iglesia, con todo lo que implicaba de empeño pastoral, formativo y de impulso apostólico. Gobernó el Opus Dei, la «pequeña grey» (cfr. Lc 12,32) que Dios había hecho nacer en sus manos, con la suavidad y la firmeza de un Padre y Pastor. En el marco necesariamente breve de esta comunicación, no será posible reflejar adecuadamente y en profundidad todas las manifestaciones de su fidelidad al mensaje recibido. Me limitaré a algunos aspectos, captados y confirmados, como ya he dicho, en mi experiencia personal, y centrados en tres puntos: su modo de llevar adelante los trabajos de gobierno y formación, su capacidad de querer y de hacer amable la vida a los demás, y la amplitud universal de sus horizontes fundacionales y evangelizadores.

3. SU GOBIERNO PASTORAL DEL OPUS DEI

El Beato Josemaría supo llevar a cabo su trabajo de gobierno y de formación al frente del Opus Dei en íntima relación con el fuego de caridad (amor a Dios y a los demás por Dios) que latía en su alma, y con el vivo sentido de la secularidad de su espíritu fundacional, y del amor a la verdad, a la libertad y responsabilidad personales. Así enseñó también a desarrollar esas tareas, de manera que fuesen siempre entendidas y desempeñadas como ocasión de servicio a los demás, a su felicidad terrena y eterna. A partir de esos rasgos que el Fundador deja como grabados a fuego en el corazón de los fieles del Opus Dei, la colaboración en las tareas de formación y de gobierno de los demás se entiende en la Prelatura como una ocasión de servir, de velar amablemente por la fidelidad al espíritu y por la

⁸ *Es Cristo que pasa*, 122.

⁹ *Amigos de Dios*, p. 18. Los subrayados son nuestros.

felicidad de todos, como una oportunidad de encender en el amor a Dios, de promover la espontaneidad apostólica.

El Beato Josemaría llevaba sobre sus hombros la dulce carga del Opus Dei (el peso de conducirla con plena fidelidad a la voluntad divina y de formar bien a sus hijos e hijas en el espíritu recibido) con tanta fortaleza cuanto humildad. Aunque supiera ceder en todo lo personal, cuando era preciso, nunca cedió en lo referente a la fidelidad al espíritu del Opus Dei hasta en los más pequeños detalles, pues no era suyo sino de Dios. En este aspecto, ha dejado en el ámbito de la Prelatura del Opus Dei una tradición firmemente asentada de prudencia y de fortaleza sobrenaturales.

Como Fundador hubiera podido tomar personalmente determinadas decisiones de gobierno; sin embargo, no he visto nunca que resolviera una cuestión sin contar con el voto o parecer de las personas previstas en el Derecho particular del Opus Dei. Amaba y hacía cuidar el gobierno colegial. Desde las decisiones de mayor relevancia (aplicación del espíritu del Opus Dei a casos concretos, expansión de la labor a nuevos países, consejos y exhortaciones para la realización de los apostolados, formación y atención de los fieles, orientaciones para facilitar la piedad personal y colectiva), hasta la puesta en práctica de los aspectos aparentemente más insignificantes, consideraba la dimensión colegial del gobierno del Opus Dei un fruto precioso de la gracia de Dios. Veía la colegialidad no como una práctica meramente instrumental de eficacia humana —por aquello de que, como se suele decir, cuatro o seis ojos ven más que dos—, sino como una garantía para el bien de las almas de todos: gobernantes y gobernados.

Le he oído decir en muchas ocasiones que detrás de los asuntos de gobierno debíamos ver almas y que, por tanto, al realizarlas debíamos saber unir la perfección del trabajo humanamente bien hecho con un hondo sentido sobrenatural. Ambas cosas se refuerzan mutuamente cuando las funciones de gobierno se llevan a cabo, según derecho, en forma colegial, y hasta me atrevería a decir cuando se realizan con un positivo «instinto» de colegialidad. Esa actitud hace posible que nadie se sienta, por decirlo así, responsable en exclusiva de los asuntos, pues sabe que puede y debe contar con la ayuda de los demás. En este sentido, he oído también enseñar al Beato Josemaría —son cosas que no se olvidan jamás— que Dios no bendeciría un trabajo que desechara esas normas de prudencia sobrenatural, y que era preciso salir al paso, con fortaleza y sinceridad, de lo que pudiera suponer tendencia a un gobierno falto de templanza y de moderación. Solía decir que la actitud tiránica y personalista en el enfoque de las cuestiones, el afán desconsiderado a la hora de tratar los asuntos de gobierno y de formación, provienen de un corazón lleno de sí mismo.

El Beato Josemaría era el primero que vivía este modo de gobernar, que será siempre el modelo y la pauta para las tareas de dirección en el Opus Dei, en

cualquier nivel de que se trate. Recuerdo que si en alguna ocasión, llevadas quizás más por las prisas que por la urgencia, le presentábamos un documento en el que faltaba la firma de alguna persona que por razón del tema tratado debía haber intervenido, nos lo devolvía inmediatamente haciendo notar el «atropello», y aprovechaba para volvernó a recordar con delicadeza que no podíamos hacer de él un «tirano», y que antes de decidir quería conocer la opinión de todas las que tenían el derecho y el deber de darla.

Impresionaba mucho ver la atención con que siempre escuchaba a quienes trabajábamos en la Asesoría Central¹⁰, y cómo contaba con la opinión de cualquiera de sus hijas desde el momento en que pasaba a ocupar algún encargo de dirección. Y esto, independientemente —lo he experimentado de manera personal— del grado de experiencia que pudiera tener la interesada, que algunos casos era escasísima. A la vez, exigía vivir dichos encargos con un alto sentido de responsabilidad, desde la fidelidad al horario de trabajo, o la corrección gramatical y sintáctica en los escritos (; cuántos papeles de gobierno son testigos de cómo afinaba y corregía los errores en ese ámbito!); hasta el empeño por llegar al fondo de los asuntos, por evitar una lectura poco atenta de la documentación, por la diligencia en responder. De él aprendí que es un deber de justicia y de caridad dar más importancia y mayor agilidad a la resolución de los asuntos de gobierno según la índole de cada uno, y que no basta despacharlos burocráticamente por orden de antigüedad.

Exigía también que se respetasen las competencias de los gobiernos regionales y locales del Opus Dei, sin que un celo mal entendido llevase a sustituir sus funciones desde el gobierno central. Recuerdo, a modo de ejemplo, cómo en 1966, al presentarle una cuestión relacionada con el Colegio Romano de Santa

¹⁰ El gobierno del Opus Dei se dirige a proporcionar la formación y fomentar la vida espiritual y apostólica de sus miembros. Está constituido en tres niveles. El gobierno central tiene su sede en Roma. El Prelado (los términos Prelado y Prelatura entraron en vigor con la erección pontificia del Opus Dei en Prelatura personal en 1982. Con ese acto, el Opus Dei encontró la forma jurídica adecuada al carisma fundacional, tal como lo había previsto el Beato Josemaría) cuenta con la colaboración de un consejo de hombres y otro de mujeres: el Consejo General y la Asesoría Central respectivamente.

La Prelatura se distribuye en áreas o territorios que se llaman Regiones. Al frente de cada Región hay un Vicario Regional que cuenta con dos consejos, uno para los hombres y otro para las mujeres.

A nivel local existen los Centros del Opus Dei, tanto de hombres como de mujeres, dirigidos por un Consejo local con al menos tres miembros: su tarea principal es la organización de los medios de formación y la atención pastoral de los fieles de la Prelatura de su ámbito. Cfr. BEAT MÜLLER, *Datos informativos sobre el Opus Dei*, Oficina de Información de la Prelatura del Opus Dei en España, marzo 2001, pp. 43-44.

María (Centro Interregional del Opus Dei, entonces en Castelgandolfo, ahora en Roma), no aceptó entrar en ella porque era algo que correspondía resolver a aquel Centro.

Además, contaba con mucha naturalidad con el visto bueno de otra persona —de ordinario de don Álvaro del Portillo— hasta en cuestiones nimias: he visto en tantas ocasiones cómo, al escribir por ejemplo, una dedicatoria o una jaculatoria en un libro, se la enseñaba a don Alvaro antes de entregarla a su destinatario. Con la misma naturalidad, y hasta con alegría, no dudaba en cambiar de opinión cuando se le daban datos nuevos o complementarios acerca de un asunto anteriormente enfocado de otro modo. Le gustaba decir —y lo dejaba a la par sembrado en nuestros oídos y en nuestra alma— que él no era como un río que no puede ir hacia atrás.

Consideraba el gobierno central del Opus Dei como una «escuela de gobierno», y llamaba a Roma a mujeres jóvenes para que se formasen y después contar con ellas para comenzar en países nuevos o reforzar las labores apostólicas que ya estaban en marcha. Es fácil suponer el esfuerzo que le implicaba trabajar con frecuencia con gente nueva. En 1973, por ejemplo, menos de dos años antes de su marcha al Cielo, cuando el Beato Josemaría tenía ya 71 años, llamó a incorporarse al trabajo del gobierno central a doce personas jóvenes, llegadas de distintas partes del mundo.

En la aplicación de las normas de gobierno procedía con rigor y con un responsable sentido de la epiqueya, y hacía que ponderásemos las circunstancias de la persona o de los lugares, para no aplicar sin más una disposición y, a la vez, para no caer en el sentimentalismo. Creaba a su alrededor un gobierno basado en la confianza, no sólo respecto de sus colaboradores inmediatos sino también con los responsables de las distintas circunscripciones. En la vida diaria estaba disponible en cualquier momento y para cualquier consulta: probablemente muchas veces aquello sería una pequeñez en comparación con otros asuntos que le ocupaban, pero al venir de una hija suya, se notaba hasta en su actitud externa que en esos instantes todo lo demás pasaba a un «segundo lugar».

4. SU CAPACIDAD DE QUERER Y DE HACER AMABLE LA VIDA A LOS DEMÁS

La entera existencia del Beato Josemaría estaba centrada en Jesucristo, el gran amor de su vida. En sus últimos años solía exclamar con el salmista: «¡Buscaré, Señor, tu rostro», *«vultum tuum, Domine, requiram!»* (cfr. Sal 27,8). Ansiaba alcanzar a ver el rostro del Señor. Pero inseparablemente a ese querer, y precisamente por su causa, amaba a todos los hombres con pasión, y de modo

particular a sus hijos: era un hombre que sabía querer, con un querer sobrenatural y humano al mismo tiempo. Su presencia y sus palabras arrastraban hacia Dios, y a la vez lograban que las personas se encontrasen a gusto: se estaba muy bien a su lado. Me limitaré a recordar en este apartado sólo algunos aspectos de su solicitud paterna por los fieles del Opus Dei, y en concreto por sus hijas.

Era el suyo un corazón vigilante, siempre atento a cualquier peligro que pudiera acechar a una hija suya. Recuerdo cuánto se alegró cierto día de marzo de 1964 al descubrir en una confluencia de caminos en los Castelli Romani, cerca de Nemi, una imagen de la Santísima Virgen, con la inscripción «*Cor meum vigilat*». Fue como una materialización de los anhelos de su propio corazón. El Beato Josemaría había ido ese día a un rato de charla con sus hijas del Colegio Romano de Santa María en Castelgandolfo. Como él mismo relató, al acercarse a la casa se dio cuenta que aún quedaba tiempo hasta la hora fijada y pensó que ese adelanto podía suponer un contratiempo en la organización del Centro, por lo que decidió dar una vuelta por los alrededores. Posteriormente, en el rato con sus hijas contó el *descubrimiento* que había hecho y les habló de la obligación de tener un corazón vigilante, atento a las necesidades de los demás.

Como en todo, también en este aspecto del espíritu de familia característico del Opus Dei iba por delante. Sabía intuir con corazón paterno y materno si a alguien le sucedía algo. Recuerdo, por ejemplo, que en octubre de 1964 le habían llegado noticias de un país donde el trabajo apostólico había empezado hacía poco, en las que le comunicaban que a una hija suya le estaba costando de modo especial la adaptación a las nuevas circunstancias. Hizo que se le animara y aconsejó esperar con paciencia unos meses o un año, para no actuar con precipitación; a la vez, como no quería que aquella hija sufriera, señaló que después de ese tiempo se podría pensar en que regresara a su país de origen si continuaban las dificultades de adaptación.

El Beato Josemaría era particularmente delicado en todo lo referente a las personas: no ponía etiquetas a nadie, ni dividía a la gente en buena y mala. Si había que hablar o escribir en relación con alguien, aconsejaba que se hiciese de modo que la interesada pudiera estar presente o leer aquel escrito y quedar agradecida. Junto con esa delicadeza, sabía ser muy claro y no toleraba ningún eufemismo. Antes de tomar cualquier decisión, pedía que se «escuchasen todas las campanas», para no dejarse llevar de un punto de vista parcial.

Si siempre se prodigaba en atender a cada persona, lo hacía aún más si cabe con las enfermas. No escatimaba ningún medio humano y esto incluso en momentos de grave dificultad económica. Se volcaba en detalles de cariño y, de modo gráfico, solía comentar: «Que esta criatura no se acuerde que tiene lejos a su madre». Si la enfermedad era grave, se preocupaba porque la enferma supiese con tiempo necesario su situación, para poder prepararse bien para el momento

de la muerte. En esos casos, se le veía rezar con intensidad pidiendo la curación de aquella persona y aceptando siempre por completo la Voluntad de Dios. Lo mismo aconsejaba hacer a las mismas enfermas. En las Navidades de 1957, por ejemplo, una de las directoras de la Asesoría Central, Guadalupe Ortiz de Landáuzuri, sufrió unas complicaciones muy serias de corazón y estuvo entre la vida y la muerte. En uno de los días en que fue a verla, el Beato Josemaría le aconsejó que rezase oraciones de abandono en Dios, aceptando su Voluntad, pero pidiendo a la vez su curación. Guadalupe salió de aquel trance. Falleció muchos años después, un mes más tarde que el Beato Josemaría.

En otra ocasión —son simples pinceladas de las muchas que se podrían referir—, a finales de 1965, Julia Bustillo, una empleada del hogar de cierta edad, se cayó una noche por la escalera, y se produjo una herida en la cabeza y la fractura de un brazo. Por indicación del médico, la ingresamos de urgencia en una clínica. Gracias a Dios, todo se resolvió sin mayores complicaciones. Al informar a la mañana siguiente al Beato Josemaría del hecho, preguntó si además de atenderla en sus necesidades físicas, nos habíamos preocupado de que pasara un sacerdote para atenderla por si quería recibir su auxilio espiritual y la absolución. Ante nuestra respuesta negativa, reunió a todas las directoras de la Asesoría para hacernos considerar con fortaleza y claridad que teníamos la obligación de estar pendientes de todos los detalles de cariño humano y sobrenatural; que nos habíamos preocupado sólo del cuerpo de Julia, sin tener en cuenta su alma; en su caso, además, era aún más necesario por su edad y por el fuerte golpe que había recibido en la cabeza.

Cuando, como en este caso, había hecho una advertencia fuerte y seria, al poco tiempo solía tener un detalle de cariño, sin quitar por eso importancia a la indicación. Este «mimo» paterno podía traducirse en unas palabras con especial afecto, un pequeño regalo, unos dulces...

Sabía adivinar lo que podía alegrar a un enfermo o a una enferma. Tengo en la memoria unas vísperas de Navidad en las que nos pidió que le consiguiéramos un árbol de Navidad pequeñito y un Niño Jesús también de tamaño muy reducido: lo quería para un hijo suyo que estaba en cama. No quería que le faltase nada de lo que pudiesen tener los demás en esas fechas entrañables. En otra ocasión, muy poco antes de morir, pidió si era posible conseguir unas frutas escarchadas porque era lo que más ilusión le hacía a un enfermo al que quería visitar. Pero no se precisaba una enfermedad grave para que el Beato Josemaría se volcase con un cariño solícito; bastaba a veces una simple gripe para que preguntase varias veces al día por la persona: si tenía fiebre, si comía, si había descansado...

Le pasaba con sus hijas enfermas lo que sucede a las madres, que sin ser médicos saben intuir más allá de los síntomas. Así recuerdo que en los años 70,

una de las directoras de la Asesoría padecía unas ligeras molestias digestivas aparentemente sin importancia, como también mostraban unos análisis que se le hicieron. El Padre no se quedó tranquilo y aconsejó que se hiciera una revisión general en la clínica de la Universidad de Navarra, aprovechando un viaje que debía hacer a España. Gracias a esta medida le descubrieron una infección pulmonar que pudieron tratar a tiempo.

5. UNIVERSALIDAD DE SUS HORIZONTES FUNDACIONALES Y EVANGELIZADORES

La semilla del Opus Dei, sembrada por Dios en el alma del Beato Josemaría, cultivada y florecida en el seno materno de la Iglesia, llevaba inscritas en su entraña las propiedades necesarias para llegar a ser un instrumento válido al servicio de la misión universal de salvación. Cabría, en consecuencia, agruparlas sintéticamente en torno a la noción de universalidad o catolicidad de sus horizontes de evangelización, que no conocen más límite que el del amor a la libertad personal y el respeto a la libertad de las conciencias. Así nació el Opus Dei en las manos del Beato Josemaría, y así ha ido desarrollándose, bajo la fuerza del impulso apostólico fundacional, hasta el presente. Primero por España y, a partir de los años 40, por toda Europa, América, países de Asia, África y Oceanía, el Opus Dei ha ido creciendo al amparo del celo apostólico de su Fundador, de sus «hambres de sembrar en el mundo entero la alegría y la paz, de regar todo con las aguas redentoras que brotan del Costado abierto de Cristo (cfr. Joh 19, 34)»¹¹.

La universalidad de los horizontes apostólicos del Beato Josemaría, consecuencia del carisma fundacional y de su propia correspondencia a la gracia, encuentra su punto de referencia esencial en las páginas del Evangelio: en el ejemplo y la doctrina del Señor. Con mucha frecuencia estaba en sus labios, como previamente en su oración, la descripción de ésta o aquella escena evangélica que pone de manifiesto el inmenso amor del Salvador a todos los hombres. «No es posible separar en Cristo su ser de Dios-Hombre y su función de Redentor», escribe en *Es Cristo que pasa*, y continúa: «El Verbo se hizo carne y vino a la tierra *ut omnes homines salvi fiant* (cfr. 1 Tim 2, 4.), para salvar a todos los hombres. [...] Nuestro Señor ha venido a traer la paz, la buena nueva, la vida, a todos los hombres. No sólo a los ricos, ni sólo a los pobres. No sólo a los sabios, ni sólo a los ingenuos. A todos. A los hermanos, que hermanos somos, pues somos hijos de un mismo Padre Dios. No hay, pues, más que una raza: la raza de los hijos de

¹¹ *Amigos de Dios*, 311.

Dios. No hay más que un color: el color de los hijos de Dios. Y no hay más que una lengua: ésta que habla al corazón y a la cabeza, sin ruido de palabras, pero dándonos a conocer a Dios y haciendo que nos amemos los unos a los otros»¹². Esa perspectiva universal de salvación (que a todos llegue la luz de Cristo, que todos se salven), ese modo de mirar la realidad tan propio del espíritu cristiano informa plenamente, siguiendo la huella de su Fundador, el espíritu del Opus Dei.

El Beato Josemaría sabía que el Señor había querido el Opus Dei para reavivar entre los cristianos comunes, hombres y mujeres que pueblan la tierra y forman con sus iguales el tejido de la sociedad, el eco de la llamada a la santidad. Cualquier fatiga humana honesta —el trabajo ordinario, desempeñado en el mundo, de manera laical y secular—, se puede convertir en servicio a la Iglesia Santa, al Romano Pontífice y a todas las almas. «El espíritu del Opus Dei recoge la realidad hermosísima —olvidada durante siglos por muchos cristianos— de que cualquier trabajo digno y noble en lo humano, puede convertirse en un que-hacer divino. En el servicio de Dios, no hay oficios de poca categoría: todos son de mucha importancia»¹³.

Su mensaje se dirigía a todos. Por eso, en las labores apostólicas no toleraba ningún tipo de discriminación —raza, nacionalidad, religión, clase social— y, si por las circunstancias del país esto no era posible, prefería esperar antes de ceder frente a esa discriminación que veía como anticristiana. Al mismo tiempo, le urgía que la semilla del espíritu del Opus Dei llegase al mayor número de almas. Muchas naciones de Europa saben de su caminar por las calles de las grandes metrópolis —Londres, París, Lisboa, Roma, Munich, Dublín...— y de pequeñas aldeas sin fin. Tantas veces solía comentar que había llenado de Avemarías las carreteras de Europa. Pero el itinerario más importante lo emprendía diariamente en su oración encendida junto al Santísimo Sacramento, presentando al Señor sus ansias de apostolado, los primeros pasos de sus hijas e hijos en un nuevo país. Cuando se retiraba por la noche y antes de conciliar el sueño, repasaba con la imaginación el *mapa mundi*, empezando por Oriente y adorando al Señor en el Sagrario de los distintos Centros del Opus Dei.

Llenas de verdad y de hondo significado se muestran estas palabras que transcribimos: «Pero no es un impulso circunstancial el que ha de obligarnos a tener ese corazón amplio, universal, católico. El espíritu de comprensión es muestra de la caridad cristiana del buen hijo de Dios: porque el Señor nos quiere por todos los caminos rectos de la tierra, para extender la semilla de la fraterni-

¹² *Es Cristo que pasa*, 106.

¹³ *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, 55.

dad —no de la cizaña—, de la disculpa, del perdón, de la caridad, de la paz. No os sintáis nunca enemigos de nadie»¹⁴. Por esto el Opus Dei no podrá nunca hacer discriminaciones, ni excluir a nadie de su labor apostólica ya que de otro modo traicionaría su propio fin.

Además de la expansión en numerosas naciones de Europa y América del Sur y del Norte, el Beato Josemaría impulsó directamente el trabajo apostólico del Opus Dei en el Japón, Filipinas, Australia, Kenya y Nigeria; y el Señor le concedió la gracia y la enorme alegría de conocer personalmente a las primeras mujeres asiáticas y africanas que pidieron la admisión en el Opus Dei. ¡Con qué afecto recibió, por ejemplo, a su paso por Roma, las primeras Supernumerarias filipinas y cómo les hizo considerar que eran la *avanzada de Cristo en Oriente!* Recuerdo también su emoción —visible— cuando se encontró en un dos de octubre con su primera hija keniana y, unos meses más tarde, con otras dos de ese país. Tenía la ilusión de que algunas hijas suyas de esas naciones pudiesen trasladarse a Roma para una temporada de formación más intensa. Como prudente concededor de las almas, de ordinario hacía pasar varios años, con el fin de que ya hubiesen adquirido una cierta madurez sobrenatural y estuvieran también humanamente más preparadas para enfrentarse con una cultura, idioma y climas tan diversos. Cuando algunas se trasladaban a Italia, he visto cómo estaba pendiente de su adaptación: que las japonesas no se forzasen a usar zapatos todo el día, al menos la primera temporada; que las africanas viviesen en un Centro con jardín fuera de la ciudad, para poder estar más al aire libre, que hiciéramos lo necesario para que el cambio de dieta no les costara tanto, etc. A la vez, las trataba como a cualquier otra hija suya europea o americana, sin ninguna distinción. Vienen aquí muy a propósito estas palabras suyas: «Nuestro amor no se confunde con una postura sentimental, tampoco con la simple camaradería, ni con el poco claro afán de ayudar a los otros para demostrarnos a nosotros mismos que somos superiores. Es convivir con el prójimo, venerar —insisto— la imagen de Dios que hay en cada hombre, procurando que también él la contemple, para que sepa dirigirse a Cristo. Universalidad de la caridad significa, por eso, universalidad del apostolado; traducción en obras y de verdad, por nuestra parte, del gran empeño de Dios, que *quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad* (1 Tim II, 4.)»¹⁵.

Estas palabras finales, que hablan de universalidad del amor salvífico de Cristo, nos permiten retornar idealmente al comienzo de estas páginas, y volver a sentir la cadencia del mensaje de santificación en la vida cotidiana que, como

¹⁴ *Es Cristo que pasa*, 124, 3.

¹⁵ *Amigos de Dios*, 230.

esencia del existir cristiano, ha proclamado por toda la tierra el Fundador del Opus Dei. Su espíritu está vivificando universalmente con el fuego de Cristo facetas patentes o recónditas del trabajo humano y del tejido social, en el que comienza a lucir, o quizás recomienza una vez que estaba oscurecido, el sentido divino de las cosas creadas. Siguen abriéndose, merced al espíritu fundacional del Beato Josemaría, «los caminos divinos de la tierra». Él mismo nos ayuda ahora abrirlos por todos los rincones de la tierra con su intercesión poderosa ante el Trono de Dios y de su Madre Santísima.